

Lun
7
Dic
2015

Evangelio del día

Segunda Semana de Adviento

Hoy celebramos: San Ambrosio de Milán (7 de Diciembre)

“Alegraos; el Señor llega ya”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 35, 1-10

El desierto y el yermo se regocijarán,
se alegrará la estepa y florecerá,
germinará y florecerá como flor de narciso,
festejará con gozo y cantos de júbilo.
Le ha sido dada la gloria del Líbano,
el esplendor del Carmelo y del Sarón.
Contemplarán la gloria del Señor,
la majestad de nuestro Dios.
Fortaleced las manos débiles,
afianzad las rodillas vacilantes;
decid a los inquietos:
«Sed fuertes, no temáis.
¡He aquí vuestro Dios! Llega el desquite,
la retribución de Dios.
Viene en persona y os salvará.»
Entonces se despegarán los ojos de los ciegos,
los oídos de los sordos se abrirán;
entonces saltará el cojo como un ciervo,
y cantará la lengua del mudo,
porque han brotado aguas en el desierto
y corrientes en la estepa.
El páramo se convertirá en estanque,
el suelo sediento en manantial.
En el lugar donde se echan los chacaes
habrá hierbas, cañas y juncos.
Habrá un camino recto.
Lo llamarán «Vía sacra».
Los impuros no pasarán por él.
Él mismo abre el camino
para que no se extravíen los inexpertos.
No hay por allí leones,
ni se acercarán las bestias feroces.
Los liberados caminan por ella
y por ella retornan los rescatados del Señor.
Llegarán a Sión con cantos de júbilo:
alegría sin límite en sus rostros.
Los dominan el gozo y la alegría.
Quedan atrás la pena y la aflicción.

Salmo de hoy

Sal 84, 9abc y 10. 11-12. 13-14 R/. He aquí nuestro Dios; viene en persona y nos salvará

Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos».
La salvación está cerca de los que lo temen,
y la gloria habitará en nuestra tierra. R/.

La misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;
la fidelidad brota de la tierra,

y la justicia mira desde el cielo. R/.

El Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.
La justicia marchará ante él,
Y sus pasos señalarán el camino. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 5, 17-26

Un día, estaba Jesús enseñando, y estaban sentados unos fariseos y maestros de la ley, venidos de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén. Y el poder del Señor estaba con él para realizar curaciones.

En esto, llegaron unos hombres que traían en una camilla a un hombre paralítico y trataban de introducirlo y colocarlo delante de él. No encontrando por donde introducirlo a causa del gentío, subieron a la azotea, lo descolgaron con la camilla a través de las tejas, y lo pusieron en medio, delante de Jesús. Él, viendo la fe de ellos, dijo:

«Hombre, tus pecados están perdonados».

Entonces se pusieron a pensar los escribas y los fariseos:

«¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?».

Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, respondió y les dijo:

«¿Qué estáis pensando en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y echa a andar”?

Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico—: “A ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla y vete a tu casa”».

Y, al punto, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla donde había estado tendido y se marchó a su casa dando gloria a Dios

El asombro se apoderó de todos y daban gloria a Dios. Y, llenos de temor, decían:

«Hoy hemos visto maravillas».

Reflexión del Evangelio de hoy

«¡Regocijo y alegría les acompañarán; adiós penar y suspiros!»

Parece que Isaías ve cercana la liberación del pueblo. La mano de Dios se acerca al pueblo elegido y su sombra le protege de todo mal. Lo árido se vuelve fértil, lo seco se llena de humedad y la vida va ocupando terrenos estériles.

La mano de Dios protege entonces, ahora y siempre a los que ponen en Él su confianza. Nada se resiste a su poder. La creación entera está esperando la llegada del soplo divino para verdecer; el hombre de los tiempos de Isaías espera el libertador anunciado desde el principio, el que va a restituir todo a los tiempos edénicos. Hoy como entonces, el hombre quiere vivir en alegría, quiere gozar de la naturaleza y espera que se le solucionen los problemas que él mismo ha provocado.

Muchos confían en Dios; otros muchos dejan de lado a Dios y se agarran a ídolos sin alma pretendiendo alcanzar con ellos todo lo que la humanidad necesita. Muchos humanos se entregan a la política y decretan la muerte de Dios pensando en su autosuficiencia para arreglar el mundo. Algún día la humanidad entera volverá sus ojos a Dios, lo encontrará donde siempre está, ha estado y estará, y el penar y los suspiros pasarán.

«Unos hombres trajeron a un paralítico, pero no podían pasar»

Ahí está Jesús enseñando y favoreciendo a todos, trayendo la alegría que anunció el Profeta. Un hombre necesita su ayuda, pero los que escuchan están sentados, impidiendo el paso; esperaban, por lo que leemos después, encontrar algo que censurar.

Al leer el Evangelio, tendemos a pensar que aquello pasó en aquel tiempo, que fue una situación que se dio en Tierra Santa y entre aquellos personajes tan peculiares. Pocas veces miramos en el espejo del fondo de la escena porque nos da miedo vernos reflejados en él.

Al igual que escribas, doctores y fariseos en tiempos de Jesús, somos muchos los que pensamos estar en posesión de la verdad y estamos sentados, sin progresar, con nuestro talento envuelto en un paño para no perderlo y sin producir nada, solo sentados; impidiendo el paso de aquellos que se sienten disminuidos y buscan a Cristo.

Hace ocho siglos hubo un hombre que entendió que no había que sentarse a escuchar a Jesús y permanecer allí, inmóviles, complacidos por estar sentados cerca del Señor. No: había que sentarse, escuchar, contemplar y salir al mundo para anunciar lo contemplado. No sentados entorpeciendo el paso, sino siendo aquellos que recogen la camilla del enfermo, suben al terrado y le descuelgan a los pies de Jesús, o bien llevando consigo el espíritu de Jesús, curando a tantos paralíticos que podemos encontrar a poco que salgamos a la calle y miremos alrededor.

Y vivamos llenos de la alegría que nos anuncia Isaías, pues, como hemos cantado en el Salmo: «Nuestro Señor viene y nos salvará». De él nos llegará la curación definitiva no solo de nuestra parálisis física, sino de esas actitudes pecadoras que con frecuencia nos paralizan.

Hoy recordamos a San Ambrosio, Obispo.

¿Somos capaces de sentir la alegría que Isaías nos anuncia?

¿Dónde estamos: sentados estorbando el paso o subiendo al terrado?



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

San Ambrosio de Milán

Obispo y doctor de la Iglesia

Tréveris (Alemania), 337/339 - Milán, 4 de diciembre de 397

El santo doctor y obispo Ambrosio de Milán nace en Tréveris, donde su padre, también de nombre Ambrosio, regía la prefectura de las Galias. La fecha de su nacimiento persiste incierta, pero los especialistas se inclinan hacia los años 337/39. Muerto prematuramente el padre, se traslada con la madre y hermanos a Roma, donde se le puede ver ya, seguro, en la Navidad del 353, cuando su hermana Marcelina recibe del papa Liberio el velo de las vírgenes en la basílica de San Pedro. Nada sabemos de su adolescencia. Consta, en cambio, sí, que estudió retórica y ejerció la abogacía el año 368 en la prefectura de Sirmio.

Nombrado cónsul de la Liguria y de la Emilia con residencia en Milán hacia el 370, su gobierno resplandece de sabiduría y prudencia hasta el punto de pensar en él para obispo de la ciudad a la muerte del obispo arriano Auxencio. En efecto: disputaban arrianos y católicos la elección del sucesor, cuando Ambrosio, que había aparecido por allí para apaciguar los ánimos, fue aclamado de pronto por ambos bandos, siendo a la sazón sólo catecúmeno. Resultó un caso de elección a la manera de los que las biografías refieren de San Paulino de Nola, San Agustín de Hipona, y hasta del mismo donatista Petiliano de Cirta. Una semana después del bautismo recibe la consagración episcopal en fecha a datar entre el 1 de diciembre de 373 y el 7 de diciembre de 374. Sabemos que, una vez obispo, pasó la propiedad de sus bienes a la Iglesia, reservando para su hermana el usufructo y para sí nada que poder llamar suyo.

Antes de hacerse a la vela en la nueva misión, se dio de lleno, bajo la guía de Simpliciano, sucesor andando el tiempo, al estudio de la Biblia, de los padres griegos y de autores hebreos y paganos como Filón y Plotino. San Agustín precisará más tarde tan intenso estudio (Gónf. VI, 3, 3), el cual, unido a la incesante meditación de la divina Palabra, habría de ser la fuente de la actividad pastoral y de la predicación ambrosiana, y el contexto en que colocar los acontecimientos históricos, políticos y sociales de los que fue protagonista, forja yunque y molde todos ellos de su pensamiento moral, ascético y teológico.

Al principio del episcopado, las relaciones con Valentiniano I, que había aprobado su elección, discurrieron pacíficas, como él mismo hará saber a Valentiniano II, recordándole la conducta de su padre, respetuosa de la autonomía de la Iglesia. Se opuso desde el principio al arrianismo y así lo corrobora, por ejemplo, la petición de los restos de Dionisio, obispo católico de Milán, muerto en Armenia, exiliado por Constancio. Dos episodios vinieron a señalar su vida el año 375: de una parte, la muerte de su hermano Sátiro; y de otra, la de Valentiniano I. Las oraciones fúnebres del primero abundan en temas teológicos y pastorales: humanidad y divinidad de Cristo, lugar que ocupa en la Trinidad y denuncia de los luciferianos, que habían llegado al cisma exorbitando las fórmulas nicenas. En cuanto a Valentiniano I, su recuerdo vuelve en la oración fúnebre de Valentiniano II, en la que Ambrosio celebra la fe del padre y su resistencia a las instancias de Juliano para que apostatase. [...]

En su ministerio pastoral destacó por sus trabajos por combatir el arrianismo, y por sus numerosos escritos de homilética, temas de moral y ascetismo y textos dogmáticos.

[...] Falleció el 4 de diciembre del 397. Sepultado en la basílica de su nombre en Milán, empezó pronto a ser venerado como el primero entre los cuatro doctores de la Iglesia latina.